

Palabras de apertura

DR. GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

Palabras pronunciadas por el Rector de la Universidad de Buenos Aires, con motivo de la inauguración del Foro Internacional sobre el Nexo entre Políticas y Ciencias Sociales.

Buenos Aires, 20 de febrero de 2006.

EN NOMBRE de las universidades públicas que participan en la organización de este “Foro Internacional sobre el Nexo entre Políticas y Ciencias Sociales” —las Universidades de la República en el Uruguay y, en la Argentina, las de Córdoba, de Rosario y de Buenos Aires que tengo el honor de representar— quiero dar la bienvenida a quienes han llegado a nuestras ciudades para participar en el encuentro.

El lema que lo preside, «Estimular la reflexión, pensar para la acción», resume admirablemente el propósito de esta reunión singular que se propone vincular a la investigación en ciencias sociales con la toma de decisiones políticas. Como asiento natural de la investigación, en este caso en el campo de las ciencias sociales, las universidades no podían quedar al margen de esta propuesta formulada por la UNESCO y por las

autoridades políticas en el sentido de reflexionar como requisito para orientar la acción. En esa idea reside, en última instancia, nuestro compromiso como instituciones.

¿Por qué razón las universidades han persistido durante más de un milenio? Sin duda lo han hecho por la naturaleza misma de la finalidad a la que sirven. Las universidades siguen siendo instituciones socialmente significativas porque responden a dos de las más profundas necesidades humanas: el deseo de comprender y el de explicar a los otros lo que se ha logrado conocer.

Es en ese compromiso con el avance y con la transmisión del conocimiento donde se cifra el propósito esencial de las universidades. Por esa razón, los beneficios sociales de la existencia de nuestras instituciones de educación superior deben buscarse en esas

actividades. En una época en la que todo logro humano es juzgado por las “externalidades” que produce, resulta apropiado regresar a la antigua pero poderosa idea que sostiene que la educación es fundamental para el “interior” de la persona que la recibe y que ello se traduce en beneficios para el conjunto social.

En algunas comunidades, la convicción que la educación beneficia exclusivamente a la persona, justifica la idea que ese “beneficiario” es quien debe pagar por el “bien” que recibe. En el otro extremo, encontramos la actitud de aquellas sociedades que consideran que su futuro es un reflejo directo de la educación atesorada por sus ciudadanos. Según esta visión, la enseñanza superior constituye una prioridad para el progreso social y el mayor peso de la misma debe recaer sobre el Estado. De este modo, las universidades pasan a ser herramientas sociales destinadas a impulsar el desarrollo más que instituciones proveedoras de certificaciones destinadas al beneficio personal.

Asimismo, la educación, en todos sus niveles, sigue siendo considerada como la mejor alternativa para reducir la brecha creciente que existe entre grupos sociales. Esto explica el fuerte apoyo a la igualdad de oportunidades en materia

educativa que se manifiesta en la decisión de proporcionar educación universitaria de manera gratuita.

Durante las últimas dos décadas se han reiterado, en el ámbito de las ciencias sociales, las referencias al estado crítico en el que se encuentran los paradigmas vigentes. También en otras ciencias se ha planteado similar necesidad de revisar paradigmas propios y ajenos, posiblemente apuntando hacia una convergencia entre las ciencias exactas y naturales, las humanidades, la filosofía y, sin duda también, las ciencias sociales.

A comienzos de este nuevo siglo, advertimos que estos impulsos renovadores anticipan la construcción de discursos diferentes en aquellas disciplinas que durante los siglos XIX y XX tendieron a distanciarse, agrupándose en relación a los desafíos que plantean el cosmos y la naturaleza unas y en torno al hombre y a la sociedad las otras.

De allí que este Foro Internacional constituya una oportunidad excepcional no sólo para realizar un examen atento de la evolución de las ciencias sociales y de su relación con las políticas públicas sino también, implícitamente, proporciona una oportunidad no menos trascendente para orientarlas en la

dirección de un diálogo profundo con las otras ciencias.

Es auspicioso que un grupo de tan destacados científicos y políticos se dediquen a construir conocimiento para la acción en estas condiciones, uniendo la visión moral con la decisión política. También es alentador que lo hagan pensando no solamente en los límites estrechos de las disciplinas, no solamente en los diagnósticos, sino en los caminos posibles a recorrer para superar las evidentes desigualdades que se advierten en el planeta. Es este el único medio posible para mejorar las condiciones de vida de nuestra gente sin distinción de religiones, de etnias, de naciones, alentados por la posibilidad de encontrar en el conocimiento científico opciones inmediatas, lugares a compartir, solidaridades a reforzar, en fin, de dotar de sentido a nuestras existencias cotidianas. Para ello deberemos volver nuestra mirada hacia el hambre y la pobreza, la educación, la salud, el medio ambiente y el desarrollo —las cinco áreas a las que se refieren los ocho Objetivos de Desarrollo para el Milenio formulados por las Naciones Unidas. En este siglo —el siglo del “otro”— resulta imprescindible que nos ocupemos de explorar estas dimensiones esenciales de nuestra existencia como humanos.

Las ciencias sociales que construimos en nuestras universidades —cuya poderosa influencia en la vida social explica el ensañamiento con el que han sido perseguidas durante las dictaduras— responden a esa voluntad de conocer y de resolver, de participar, de intervenir con inteligencia crítica y responsabilidad. También reflejan la necesidad de construir lazos entre quienes investigan estas cuestiones en todo el mundo como respuesta a la interdependencia creciente de la sociedad contemporánea.

Las universidades proporcionan el espacio de libertad imprescindible para estimular nuevas discusiones, para impulsar esfuerzos de reformulación de las ideas predominantes, para lanzar nuevas propuestas.

La ciencia que se expondrá en este encuentro, reflejo de esa libertad de pensamiento que es la razón de ser de la universidad, constituye una demostración más de que sin universidades las sociedades contemporáneas como las conocemos posiblemente nunca hubieran existido. Aporta también argumentos convincentes para demostrar a nuestras comunidades así como a sus gobiernos y dirigentes, que sin universidades vigorosas, la vida de las nuevas generaciones será

indudablemente mucho peor que la de sus padres.

Gracias a todos por acompañarnos en este nuevo y esperanzado renacer de la Argentina. Mucha suerte.